

CARTA ABIERTA A JOSE LUIS LOPEZ-ARANGUREN
SOBRE EL PERSONALISMO EN LA ESPAÑA DE HOY

Carlos Díaz
Madrid

Querido José Luis:

Es esta mi primera «carta» a ti, casi un cuarto de siglo después de asistir a tus clases de ética en la por entonces Universidad Central. Luego vino la lectura pausada (y gozada) de tus libros, y por último mi pertinaz distanciamiento teórico respecto de tu última producción y actitud, conservando siempre un profundo afecto. Una vez en La Coruña, otra en Foro del Hecho Religioso de Madrid, hemos coincidido respecto de nuestra particular interpretación del personalismo. Con esta carta quiero agradecer tu punto de vista y precisar el mío. Creo que tu actitud es hoy la más extendida, y la mía apenas si cuenta con algunos amigos que la comparten. En el fondo, lo que deseo es entrar en diálogo con los «mayoritarios».

Si fuera capaz de resumir tus tesis en pocas líneas, tendría: A) Mounier no es un filósofo en el sentido técnico del término. B) Mounier fue un filósofo católico. C) Mounier fue un católico progresista, un «compañero de viaje» del marxismo. D) Fue optimista en el diálogo con el marxismo. E) Por su raíz cristiana se opuso al existen-

cialismo. F) No está lejos de la democracia cristiana respecto de su actitud política. G) El «neopersonalismo» no tiene sentido: Hoy somos más laicos.

Por mor del rigor y de la brevedad (pues no quisiera exceder en mucho el espacio de tus páginas) procuraré contestar con la precisión de que sea capaz, y siguiendo el mayor orden posible, a sabiendas de que los temas se entrecruzan y alimentan recíprocamente.

A) ¿Fue Mounier un filósofo en el sentido profesional del término?

Estoy de acuerdo en que no lo fue; un hombre que murió sin haber cumplido cuarenta y cinco años, que prefirió la animación cultural y la revista, y que abandonó la cátedra, no pudo ser un profesional de la filosofía, y menos un académico. Sabía filosofía, pero ante todo fue un hombre culto. El personalismo filosófico no puede, pues, identificarse con Mounier. También están Buber, Bicoeur, Lévinas, Nédoncelle, etc., y, desde luego, Kant, Tomás de Aquino, y buena parte de la tradición. A ellos recurre el filósofo personalista también para hacer filosofía, lo mismo que a otros de otras perspectivas, para confrontar y para dialogar. El personalismo no es kantiano, ni tomista, ni mounierista. Pero todo filósofo debía conocer por su parte el personalismo para ser filósofo.

B) ¿Fue Mounier un filósofo católico?

De lo anterior se desprende que no hay una única línea de pensamiento personalista. Con el ánimo de evitar equívocos hay que decir que dentro del personalismo existen dos corrientes: Una, abrumadoramente mayoritaria, la de los personalistas teístas; otra, apenas existente, la de los personalistas agnósticos. El personalismo no puede prescindir de los hombres de buena voluntad que vean en la persona un fin en sí mismo; y la gran mayoría aceptó esa opción, desde la simultánea aceptación de un Dios Amor. Para los que no dan el paso a este último, su defensa incondicional de la persona presenta más problemas (lo intenté mostrar en mi libro *Contra Prometeo*, entre otros).

Así las cosas, Mounier no sólo fue personalista, sino *personalista católico*, en efecto. Pero no creyó que sólo el católico pudiese ser perso-

nalista, ni que el personalista católico hubiera de tener un Índice de Libros Prohibidos, ni un Canon de Autoridades Filosóficas Intangibles. Se hartó de decir que el personalismo no era un cuerpo de doctrina cerrado, y que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Ninguna huella, pues, de una «filosofía católica» a machamartillo, al estilo de lo que fuera norma en la católica España.

Por lo demás, aceptar la condición de *filósofo católico* significaba renunciar a adoptar la postura que disocia fe (católica) y razón (filosofía). A todavía me teneis que explicar más despacio los que estáis por esa disociación cómo lo lleváis. Yo no comparto la tesis de Fierro relativas al «búcaro roto», según las que el cristiano es un ser escindido. Menos que nunca la actual situación cultural favorece las escisiones entre la fe y la razón, porque nunca fue la razón menos definitiva de lo que hoy lo es (lo quise mostrar en mi libro *La última filosofía española*). En cualquier caso, convendría precisamente por ello debatir este asunto, que sigue siendo central, aunque muchos no lo crean, el de la relación entre la fe y la razón, el de las mediaciones entre la fe y la cultura. No comprendo cómo a un cristiano esto no le preocupa. No logro entender cómo ciertos cristianos parecen echarse en manos de una racionalidad agnóstica y decirse sobre ella creyentes.

En resumen: Mounier fue un filósofo católico, por ser filósofo y por ser católico.

C) ¿Fue Mounier un católico progresista, un compañero de viaje del marxismo?

Permitirás, querido José Luis, que no resuma aquí varios lustros de dolor personal. Con frecuencia, los dolores más hondos son los más difícilmente articulables en concepto. Pero quiero decir algo.

Mientras muchos cristianos hibridaban marxismo y cristianismo como si se tratase de dos realidades estructuralmente homogéneas, bastando sólo quitar algo de acá y un poco de allá para amalgamar la nueva imagen del futuro, operación ésta a la que se dieron clérigos y laicos con furor apocalíptico, Mounier fue de los que, accentuando el diálogo, *marcó las diferencias a la vez*. Por eso el marxismo no le recibió, y por eso la Iglesia le vio, como bien señalas, con reticencias. ¿Cómo

puede decirse entonces que fue un mero compañero de viaje más? Mientras los demás triunfaban con sus sincretismos, aureolando su resistencia con el brillo de lo nuevo, Mounier denunciaba en doble frente las insuficiencias de ambos. Y, por si era poco, abría su rigor analítico al anarquismo, mucho más auténtico en su anhelo escatológico —siquiera intramundano— que el marxismo: ¿Puedes, José Luis, citar algún caso de «compañero de viaje» que hiciera esto? Déjame que te recuerde algo que quizá sabes de sobra: Tuvo lugar en España, una década después de la muerte de Mounier, y antes de la del General Franco.

Conforme avanzaba la descomposición del franquismo, aumentaba su intensidad la palabra «Diálogo». No faltaron así los que, llevados de su pasado testimonio durante la clandestinidad, terminaron en la Alcaaldía o en el Comité Central del Partido. Hubo también quienes, más moderados, por irenismo evolutivo fueron abandonando las banderas del antiguo régimen al que sirvieron para erigirse en demócratas constitucionales del humanismo social de mercado. Otros, por fin, independientes y heterodoxos, aparecieron más tarde cada dos por tres en la televisión, en la prensa, en definitiva, en todas las salsas.

Estos tres estilos de «compañeros de diálogo» o de viaje con el marxismo no se comportaron, por cierto, con el mismo talante dialógico respecto de la Iglesia de que procedían, pues a excepción de los segundos, se quebró el diálogo con la Iglesia, quizá por un «voto de castigo» a ésta, o quizá por cansancio. Y mientras los primeros juraban fidelidad estrecha a un castrante Partido Comunista (mucho más vertical que la Iglesia denostada), los terceros se pronunciaron con palabras de airada condena, con latiguillos envenenados contra la Gran Rechazada por no vivir conforme al Evangelio, por ligada al *statu quo*, por inquisitorial, etcétera, con un tonillo maniqueizante hipermétrope para los casos Galileo y miope para los casos Francisco de Asís. En este bloque no faltaron tampoco los clérigos que neoclericalizaban desclericalizando, así como la derecha decía desideologizar reideologizando. Todos a una Fuenteovejuna, lo mismo que hoy. Un mismo Mercado Común, sección española, no promociona hoy marxistas con la mano tendida, ni cristianos con el puño cerrado: Todos quieren el centro, todos pugnan por estar en el cogollo, volviendo contra Marx su aserto de que «la humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver». ¿Qué tiene que ver Mounier con las actitudes pasadas? Nada. ¿No será que muchos —y no sé bien si tú entre ellos, perdóname— creyeron dema-

siado en todo aquello, y que ahora el desencanto al respecto les lleva a meter en el saco a los que no jugaron el mismo juego?

D) ¿Fue Mounier optimista en su diálogo con el marxismo?

Creo, José Luis, que ves bien el talante optimista de Mounier, pues, efectivamente, se trataba, como él mismo creo asegura en alguna parte, de un «optimismo trágico». Pero —como queda dicho— su optimismo no procede de que depositara una confianza ingenua en las posibilidades del marxismo como interlocutor, sino en otro rasgo que en él abundaba mientras palidecía en el resto de los dialogantes: Su profunda convicción de creyente, y su enraizamiento en las virtudes teologales y cardinales. No fue, pues, optimista con el marxismo, sino esperanzado con lo real y a la vez crítico.

E) ¿Se opuso al existencialismo por su raíz cristiana?

Mounier hizo lo mismo con todos los sistemas: Los sometió a discernimiento, y por ende a crítica. Si no estoy en un error, el «compañero de viaje» más íntimo de Mounier, en lo relativo a los no-católicos, fue Nietzsche. Mounier no redujo la antropología a marxología, estuvo atentísimo a la crítica nietzscheana al hombre, y por eso no pudo faltar la mediación de Kierkegaard. Feuerbach no apareció en escena, porque la preocupación fundamental de Mounier no fue el marxismo, sino el hombre en un sentido mucho más amplio: Feuerbach no agotaba el espacio humanista, apenas contaba.

F) ¿Tiene Mounier algo que ver con la Democracia Cristiana?

Creo, José Luis, que en tus afirmaciones al respecto hay algo que responde a una intuición muy fina, íntima y profunda, una afirmación que no compartimos, pero que arrastra algo de verdad, y en la que tu instinto crítico tenía que detenerse: Tú razones así: «Mounier era católico. Mounier estuvo en la política (en el sentido amplio del término). Mounier estuvo en la política como católico. En consecuencia, coincidió con la democracia cristiana que está como cristiana en la política». Pues bien, todas las premisas de este silogismo son ciertas, pero no la

conclusión. Mounier compartiría contigo la idea de que el católico debe estar en la política, pero no en tanto que católico; sin embargo —y en plena antítesis contigo— afirmaría que el católico tiene que estar como católico en todo, si bien no necesariamente formando un partido confesional.

En efecto, en virtud de lo dicho en el apartado B), Mounier nunca disoció cultura y fe católica, y del mismo modo tampoco disoció fe católica y política, pues la condición de católico lo impregna todo de forma global y en bloque, sin esquizofrenia. Pero eso no debe inducir a afirmar que esa condición de político y a la vez de católico haya de cristalizar en una formación confesionalmente católica, al estilo de las Democracias Cristianas. Creo que recordarás que las críticas de Mounier a las Democracias Cristianas fueron implacables desde el año 1932 al 1950: Según Mounier, no se puede identificar la causa cristiana con una sola configuración política, y menos aún si ésta, hablando como cristiana, va ligada a la defensa de la civilización burguesa e insolidaria, cual es y fue el caso de las Democracias Cristianas desde su origen, uncidas siempre al liberalcapitalismo.

Así, pues, déjame que intente «leerte la cartilla» en este punto de tu afirmación que me desagrada, querido José Luis: Mounier está absolutamente en la antípoda de la Democracia Cristiana, precisamente (oh, paradoja) por ser cristiano y demócrata, sólo que demócrata no demoliberal, sino enamorado de la democracia real, esto es, de la democracia social, que incluye a la democracia formal pero va infinitamente más lejos que ella, y eso no creo que haya que discutirse contigo.

Tu instinto lúcido también ha visto bien que Mounier coincide con el Vaticano en la irrenunciable condición del cristiano instado a actuar como cristiano, lo que a mí personalmente me parece muy bien: ¿Acaso se le debería pedir a un marxista que actuase como liberal, a un socialista como capitalista? Me da la impresión de que tú no pides eso, pero lo que ya no sé muy bien es si pides un cristianismo sin ningún Vaticano, puramente «heterodoxo». Si es así, ya sabes que eso me parece una actitud no católica, quizá protestante, o tal vez deísta. Y si lo que en el fondo pides es que se vaya más lejos que el actual Vaticano en cuestiones como las planteadas ayer por Mounier, ese ya sería otro tema; en todo caso, estoy con Mounier libre de la crispación antivaticanista, y por tanto mucho más franco para su crítica en lo que tiene

de criticable. Mounier no fue a ningún colegio de curas, ni estudió en las universidades católicas. Le bastó con buscar las Bienaventuranzas: Ese es el terreno donde hay que situarle, y no en la Democracia Cristiana.

G) Tiene sentido hablar hoy de un «neopersonalismo» acabado, frente al que habría que potenciar la causa laica?

Yo no veo clericalismo en Mounier por parte alguna; tampoco lo aprecio en los personalistas de altura. Casi te diría, José Luis, que en ese tu empeño laico veo un fuerte clericalismo renovado, un superyo algo más blando que rechaza lo que suena a Papa y acepta lo que significa Pope. Ya supongo que estarás en pleno desacuerdo con mis tesis, pero me gustaría que no las vieses como procedentes de un «ex-anarquista de derechas».

Te diré que Mounier, al respecto, fue laico pero no laicista, y que fue tan de izquierdas, que se mantuvo siempre en la brecha: Los hombres de derechas se cansan cuando se instalan las libertades formales de las democracias liberalcapitalistas. Convendrás conmigo en que las «izquierdas» instaladas en el poder son infinitamente de derechas en comparación con Mounier, a no ser que —eso me temo— hoy para ser de izquierdas haya que romper con el matrimonio, ser funcionario, y dulcificar viejas militancias obreras. Por ahí no paso, al menos hasta el presente. Ser de izquierdas es para mí (y creo que lo fue para Mounier) apechar y trabajar en el sentido de la «libertad-igualdad-fraternidad», y hacerlo en todos los frentes. Si eso es el «neopersonalismo», apúntome.

Lo curioso, por fin, querido José Luis, es que los «impersonalistas» o los «antipersonalistas» no hacen luego más que hablar y hablar de sus humildes personas, ya sea en la portada del suplemento dominical, ya en la foto retocada a carboncillo, ya sea en las inacabables ruedas de prensa y en la mismísima cortinilla del último busto descubierto: Para mí que no cabe ser «neopersonalista», pues el pospersonalista se queda en neorromántico: El neorromántico es un adolescente del personalismo, que centra el universo de lo personal en la subjetividad exaltada (lo he expuesto en mi libro *Escucha, posmoderno*).

En fin, José Luis: Permittednos a los personalistas que todavía tenemos arrestos para creer; y creed que nos gustaría veros con nos-

otros. En esta Europa cansada, necesitamos de un nuevo discurso de la *Eudaimonia*, línea en que nunca agradeceremos bastante lo que en su día nos enseñaste, y lo que aún esperamos aprender de ti. Nosotros, los personalistas, no estamos cerrados, ni a la defensiva, ni somos de derechas. El precio de nuestra coherencia, por el contrario, es que mientras la Democracia Cristiana nos sigue considerando un chorro de vinagre en su blanca palidez, los expersonalistas nos consideren un grupo de desmayados a la defensiva.

Concluyo ya esta carta. Obvia decir que no he emprendido la «defensa» de Mounier ni la interpretación «ortodoxa» de lo personal. Buena prueba de ello es que aguardo tu respuesta, y tu siempre perfil crítico. Aguardo incluso las precisiones que otros amigos puedan hacer sobre lo aquí dicho, puesto que esta carta la escribo a título absolutamente individual.

Un cordial abrazo de tu fiel amigo

Carlos Díaz